

La Montaña en Nueva York

Mario Patrón y Abel Barrera*

En la alforja de cada joven de La Montaña que logra la hazaña de cruzar el muro fronterizo de Estados Unidos van cifradas las esperanzas de padres, hermanos e hijos que con gran angustia y expectación esperan el día bendito en que por primera vez en sus vidas aparezca el nombre de algún familiar en un banco o casa de cambio para recibir la remesa milagrosa que aliviará momentáneamente la pesada carga del hambre y la enfermedad.

En lugar de la Quinta Avenida, para los que vivimos en La Montaña es más importante y famosa la avenida 96 de Manhattan, porque ahí radican los pilares de la economía montañera. No se trata de corporativos o consorcios, sino de hombres y mujeres del campo dispuestos a aprender todos los oficios que sean necesarios con tal de percibir un sueldo.

Aprisionados en los rascacielos, tratan de hacer llevadera la vida, compartiendo un baño, una sala, una recámara y una cocineta entre 15 o 20 personas. Es el hacinamiento un modo de vida obligado para los pobres en el primer mundo.

Desde las seis de la mañana inicia el suplicio y el trajín para esperar en las esquinas la llegada de contratistas y enrolarse como trabajadores de la construcción. Son trabajos eventuales en los que llegan a ganar ocho dólares la hora. Las marketas o fábricas de ropa, propiedad de los coreanos, son trabajos forzados de los que semanalmente sacan 240 dólares. El *lonche* o *itacate* es imprescindible porque no se pueden dar el lujo de comer en un restaurante. El regreso por la noche al departamento es para cenar, bañarse y dormir. El fin de semana lo destinan básicamente

* Centro de Derechos Humanos de La Montaña Tlachinollan, publicado en *El Sur de Acapulco*, jueves 28 de diciembre de 2006.



para lavar la ropa, comprar la despensa semanal, las cervezas, hablar por teléfono, jugar fútbol, “chelear”, ir a la iglesia o dormir.

A pesar de las adversidades y los sinsabores, sigue creciendo el número de condominios ocupados por jóvenes de La Montaña y la Cañada en los alrededores de la Avenida 96. La Avenida 37 del condado de Queens es otra zona habitada también por guerrerenses de La Montaña y la Cañada que comparten trabajo, espacios habitacionales, lugares de esparcimiento y fiestas religiosas con familias poblanas pertenecientes a municipios que colindan con nuestro estado.

La población mixteca del municipio de Metlatónoc ha demostrado gran capacidad para vencer las barreras étnicas, lingüísticas, políticas y económicas que a lo largo de los siglos les ha impuesto el Estado nacional. Para ellos y ellas no hay camino por el que no se pueda transitar ni distancia que no logren recorrer. Vencieron el aislamiento secular sin necesidad de que los gobiernos les construyeran carreteras, abrieron, desde la época prehispánica, rutas comerciales que comunicaban el Altiplano con el Pacífico, poblaron poco a poco la ciudad de Tlapa, los campos agrícolas de Morelos, Michoacán, Jalisco, Sinaloa, Chihuahua y Baja California para irse asentando en ciudades fronterizas y formar algunas colonias, como el caso de varias familias de Huexoapa que viven en Tijuana. La frontera no ha sido un impedimento para librarla y continuar su marcha hacia el Norte.

Es admirable su tenacidad y su capacidad de adaptación a medios difíciles y hostiles. Actualmente, varias familias de mixtecos pertenecientes a los municipios de Cochoapa el Grande y Metlatónoc han logrado instalarse en el estado de Virginia para enrolarse como trabajadores de la empresa cigarrera Marlboro y de las sopas instantáneas Maruchan. A pesar del monolingüismo de varias mujeres de Calpanapa y Joya Real, han aprendido a empaquetar y a saber desplazarse a sus centros de trabajo en horarios nocturnos. En medio del idioma inglés se mantiene viva su lengua florida; sus hijos, que empiezan a ingresar a las escuelas públicas, serán los primeros que aprenderán como lengua de instrucción el inglés, guardando para la casa la lengua de los hijos e hijas de la lluvia.



Las iglesias católica y evangélica se han transformado en varios estados donde hay una gran afluencia de migrantes en espacios solidarios que brindan atención médica, alojamiento, alimentación y orientación para conseguir algún trabajo.

Ahí, muchas familias han reorientado su vida, varios se han convertido a otros credos religiosos y otros más se han integrado a la vida parroquial, para formar parte de algunos grupos de evangelización que buscan rescatar los valores culturales de la religiosidad popular.

Una experiencia interesante es la que han vivido varias familias de migrantes de La Montaña y la Cañada que radican en la zona conocida como la Corona, dentro del condado de Queens, en la iglesia de la Señora de los Dolores. En esa parroquia se reúnen guerrerenses y poblanos para celebrar la fiesta de la Virgen de Guadalupe, en el domingo más cercano al 12 de diciembre.

“Al llegar a Nueva York, uno experimenta muy fuertemente la soledad, como que no existes. Por eso buscamos siempre refugiarnos en algo o en alguien. Muchos compañeros se entregan a los vicios y ahí se pierden. Otros hemos logrado reaccionar y nos hemos refugiado en la iglesia católica”, comenta con orgullo don Genaro Sánchez, tlapaneco radicado en Nueva York desde hace más de 15 años, y miembro prominente del comité organizador de la fiesta de la virgen.

Su compromiso es llevar durante todo el año a la virgen de Guadalupe a los hogares guerrerenses de Queens y conseguir a los patrocinadores de la fiesta. Fieles a la tradición montañera, se trata de tirar la casa por la ventana. El gusto refinado, aprendido por algunos jóvenes que trabajan en las florerías de Nueva York, sale a relucir en el altar dedicado a la virgen, que tiene un costo aproximado de cuatro mil dólares. El mariachi es la mejor compañía para la velada del sábado. Con su música se hermana a los guerrerenses y poblanos pero también aflora la nostalgia y las ganas de volver a casa, porque el frío de la soledad, la discriminación y la inseguridad laboral cala muy hondo. Mil dólares por cada hora del mariachi es el precio que pagan para su reencuentro con la música que estremece sus corazones. La virgen de Guadalupe es el símbolo que convoca y moviliza; la que realiza el milagro de juntar muchos dólares para llevar hasta su parroquia a un sacerdote desde la ciudad de México; para contratar a un maestro de



danza regional que prepare varios bailables el día de la virgen; para comprar en México todo el vestuario que necesitan los jóvenes bailarines para que luzcan con orgullo los atuendos originales y para compartir en la fiesta guadalupana los tamales, el atole, los tacos y el pozole, al puro estilo guerrerense.

Más de ocho mil guerrerenses y poblanos llegan a la iglesia de la Señora de los Dolores a cantarle a la virgen, a disfrutar de la música del mariachi, a admirar el altar de la virgen tapizado de arreglos florales y a contemplar en pantalla gigante la serenata mexicana de cinco horas.

Los momentos densos en la vida de los migrantes de NuevaYork pasan necesariamente por esta experiencia religiosa comunitaria que recrea la comunidad de origen, revitaliza los lazos étnicos y reivindica nuestras historias y nuestras identidades. Es la parte luminosa que dignifica, engrandece y da sentido a una vida marcada por el sufrimiento y el desprecio.

La lucha por tener un lugar y un nombre en esta gran urbe que cosifica y mercantiliza, se da en todos los espacios y frentes. Algunos jóvenes de La Montaña se han aglutinado en las bandas de “los traviesos” y los “vatos locos” para hacer frente a las agresiones de las corporaciones policiacas y a la violencia de las otras bandas. Se organizan para sobrevivir en las calles, para resistir en el asfalto y para nunca claudicar en su lucha por alcanzar un trabajo que los dignifique.

